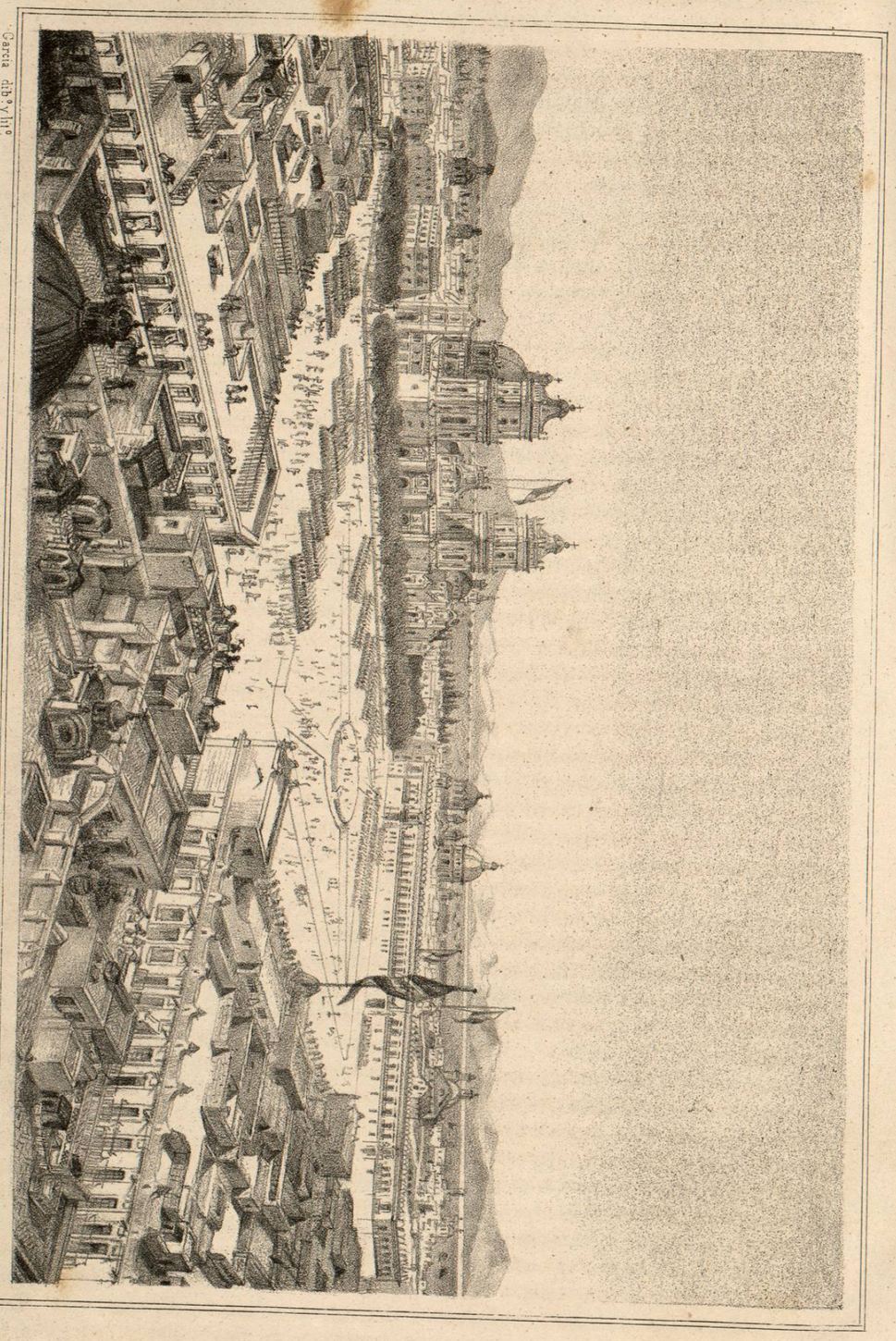

Garcia dib.º y lit.º

Lit. N. Gonz. Jacometrezo 44. Madrid

PLAZA DE ARMAS DE MÉJICO.

Detengámonos ahora un instante en uno de los puntos más importantes de esta llanura, en el magnífico valle de Méjico ó de Tenochtitlan, colocado más alto que algunos picos de los Alpes, más alto que la mayor parte de los lugares habitados de nuestra Europa. Su elevacion, su cultivo, sus lagos, sus minas, sus productos bastarian por sí solos para escitar la atencion del observador y merecerle una mencion especial en esta rápida ojeada general; pero un interés más poderoso nos obliga á describirle: el valle de Méjico es el principal teatro de la historia mejicana.

Este gran valle que ocupa el centro mismo de la cordillera de Anahuac, es un vasto receptáculo ovalado de diez y ocho leguas, doce de ancho, sesenta y siete de circunferencia y doscientas cuarenta y cinco leguas cuadradas de superficie. Está como circunvalado de montañas muy elevadas, entre las cuales sobresalen como dos jigantes los dos volcanes de Puebla. El fondo de este receptáculo se levanta á dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del mar. Cinco lagos dispuestos por escalones ocupan la décima parte del territorio, estendiéndose aun más en los tiempos antiguos. El de Tezcuco es el más bajo de todos; las aguas que descienden de las montañas inmediatas se reunen en él, y no dan orígen á ningun rio. En Europa, á tal altura, el suelo estaría desnudo ó cubierto de rocas parduscas y de algunas plantas, languideciendo bajo un rudo clima; ni aldeas, ni flores ni frutos se ofrecerían á nuestros ojos. No sucede allí lo mismo: allí se admira el más maravilloso de los contrastes: la naturaleza con su vida animada, brillante y caprichosa, cuando segun nuestras ideas debería manifestarse árida, descolorida y silenciosa.

Quien haya subido á una de las torres de la catedral de Méjico, en una mañana de estío, cuando el cielo aparece despejado y con ese bello azul oscuro que le dá el aire seco y rarificado de las alturas terrestres, no habrá podido ménos de detener sus primeras miradas sobre aquella hermosa colina de Chapultepec, adornada con una vejetacion espléndida, sobre la que resaltan aún los altos cipreses que plantaron los reyes de la dinastía azteca, y los *schinus*, cuyo aspecto recuerda los sáuces llorones del Oriente. Volviendo despues los ojos á todos lados, hasta la cadena circular de las montañas escuetas y cubiertas de hielos perpétuos, habrá visto la superficie ondulada de los lagos, los campos cultivados, las mieses que balancean las brisas de la tarde, los jardines atestados de flores donde las familias vejetales de ambos mundos rivalizan en belleza. Naranjos, manzanos, granados, cerezos, mezclan allí su follaje y confunden sus frutos. Desde las torres de la catedral, el Méjico de Hernan Cortés, estendiendo á lo léjos sus prolongadas alamedas, se desarrolla, no ya en las aguas, sino cerca del lago de Tezcuco, cuyas pintorescas orillas sembradas de aldeas y cabañas recuerdan los más bellos lagos de la Suiza. Aquí es donde tuvo su cuna el antiguo imperio mejicano; aquí donde se levantó su opulenta capital con sus templos, con sus pirámides, con sus palacios, y donde numerosas generaciones han señalado su paso con grandes monumentos.

Es imposible ver y no amar aquella naturaleza ataviada de tan gran lujo de creacion, bajo un cielo tan puro que se anubla periódicamente para inundar la tierra con el torrente de las aguas tropicales. Desde lo alto de las montañas inmediatas, el valle de Méjico presenta uno de esos cuadros que jamás se olvidan. Aquellos límpidos lagos, aquellos volcanes que parecen estinguidos en la víspera, aquellos picos cubiertos de eternas nieves, las crestas titánicas que toman el color del índigo; las lomas sin cultivo, la llanura inculta y arenosa; la ciudad que escita tan gloriosos recuerdos, siempre inundada de luz, sumerjida siempre en una neblina azulada; el silencio solemne de la naturaleza, que sólo interrumpen el sonido de las campanas; todo esto impresiona, embelesa, subyuga; todo esto bajo un cielo templado y purísimo, y alumbrado á la altura de ocho mil piés por el espléndido sol de los trópicos, dá á Méjico un aire tal de magnificencia y de perpétua fiesta, que en vano se buscaria en otra ciudad alguna del universo.

Méjico se mostró á la vista enamorada del conquistador, con la frescura de una ciudad flotante enmedio de una vasta llanura sembrada de verdes islas y de pueblos pin-

torescos, y rodeada de un cerco de vejetacion lozana. Nó: la bella Italia no pudo parecer tan bella desde los altos Alpes á los ojos ambiciosos de Aníbal y Napoleon, como la encantadora Méjico al entusiasmo de Hernan Cortés cuando se le ofreció con la novedad de la creacion, al trasponer la sierra por entre los dos magníficos volcanes, puestos allí por la mano de Dios como para alumbrar con su eterna blanquísima luz el gran valle del Anahuac. Hoy las aguas se van retirando y la vejetacion consumiéndose, y la ciudad fija su planta sobre un terreno más firme, que dá indicios, sin embargo, del primitivo dominio que sobre él ejercieron los lagos. Gran parte de la hermosura antigua ha desaparecido en consecuencia, sin que se haya reemplazado por un esmerado cultivo; pues es visto que los mejicanos han heredado de los españoles su incuria en el trabajo, y su poca aficion á los esplendores de la naturaleza. Tal es hoy la metrópoli de los aztecas, la ciudad predilecta de Hernan Cortés, la ostentosa córte de los vireyes de Nueva España; la que acaba de recibir con palmas y con flores, con aclamaciones de júbilo entusiasta al restaurador de la República.

HISTORIA DE MÉJICO.

PRIMERA PARTE.

DESDE LA CONQUISTA POR HERNAN CORTÉS (1521) HASTA LA GUERRA DE INDEPENDENCIA (1810).

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS HABITANTES.

Preliminares.—Los toltecas.—Los chichimecas.—Los aztecas.—Primeros reyes aztecas.—Motezuma I.—Organizacion militar de los aztecas.

I.

La historia antigua de Méjico, anterior á la conquista de Hernan Cortés, se compone de dos períodos distintos, ó por mejor decir fraccionados: el primero, que se refiere á la dominacion de los *toltecas*; el segundo, que abraza el poderío de los *aztecas*; entre éstos y aquellos hubo una época intermedia bastante oscura y mal caracterizada, la de los *chichimecas*, que fué de corta duracion. Arrollados éstos por los aztecas se retiraron hácia las montañas de Tlascála, en número bastante considerable para formar una nacion poderosa, bajo la dependencia del imperio azteca; son los tlascaltecas, adversarios temibles de Hernan Cortés al principio, sus amigos y auxiliares despues por ódio á sus opresores y por el deseo de venganza.

Eran los *toltecas* de una raza benévola, pero dotada de una gran actividad y de un espíritu emprendedor é infatigable. Establecieron la metrópoli de su imperio en Tula, nombre que le dieron en memoria de la region misteriosa llamada *Tullan*, que segun sus tradiciones les habia servido de cuna. En concepto de Mr. Alejandro Humboldt, observador sagaz y profundo, así de los hechos políticos y sociales como de los fenómenos de la naturaleza, la forma de gobierno de los toltecas y su organizacion social demuestran que descendieron de un pueblo que habia esperimentado ya grandes vicisitudes en su desenvolvimiento. Lo que parece indudable es que ellos fueron los primeros que llevaron al valle del Anahuac los primeros gérmenes de civilizacion y los que dejaron grandiosas construcciones, comparables sólo con las de la India y del antiguo Egipto. Se les atribuye la fundacion de las grandes pirámides que subsisten todavía en el territorio mejicano: la de San Juan de Teotihuacan, y la de Cholula, que servia de sosten al templo de Guetzacoal, el dios de los aires.

Muy diverso fué el carácter de los aztecas; sombríos y severos hasta la crueldad, pronto dieron suelta á sus instintos sanguinarios, é impelidos por el espíritu de dominacion y de conquista, organizaron sólidamente su imperio que abarcaba inmensos territorios, y fundaron la opulenta y magnífica Tenochtitlan, sobre cuyo solar se asienta la moderna Méjico. De la doble influencia de los toltecas y aztecas, provino la civilizacion mejicana, tal como se presentó á los conquistadores españoles. El estado social de los aztecas en la época de Motezuma, ofrece disparidades estrañas y contradicciones increibles: costumbres suaves mezcladas con prácticas de barbárie; lo bello y gracioso unido á lo terrible y repugnante; y para decirlo de una vez, los sacrificios humanos y los festines de caníbales asociados al culto de las flores, á sentimientos caballerescos, y